

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PADRES DE LA IGLESIA



La sociedad según Dios (1)

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

Dos amores fundaron dos ciudades; el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. [...] Aquélla busca su gloria en los hombres, y ésta tiene su mayor gloria en Dios, testigo de la conciencia. [...] Aquélla en sus príncipes o en las naciones que subyuga es dominada por la ambición de poder; en ésta se sirven mutuamente en caridad los príncipes aconsejando y los súbditos obedeciendo. Aquélla ama su fuerza en sus poderosos; ésta dice a su Dios: «A ti te amaré, Señor; tú eres mi fortaleza» (Sal 17, 2).¹

En términos radicales y de gran contraste, San Agustín traslada al plano social la permanente disyuntiva del hombre de elegir primero a Dios y así alcanzar la felicidad, o elegirse primero a sí mismo y perderse en la desgracia. Y si el fin de su reflexión no es la realización del paraíso terrenal o de un modelo teocrático de gobierno, la exhortación es clara y comprometedoramente respecto de la opción del hombre por una sociedad según el plan divino, cuyo norte es la perfección en la verdad, el amor y la virtud, para realizar el orden y la paz.

En otras palabras, San Agustín nos exhorta a fundar nuestra sociedad sobre ese conjunto de valores y principios fundamentales que reflejan el plan de Dios para nuestra felicidad en sociedad: esto es justamente lo que llamamos doctrina social de la Iglesia.

En esta instancia de su magisterio, los Padres de la Iglesia perfilan valores sociales como pluralidad, orden social, bien común, tolerancia, orden y paz, apoyándose siempre en las nociones de sociabilidad, solidaridad, y el imprescindible ejercicio personal de la virtud.

El cristiano, pleno de la gracia de Dios e instruido por su Palabra, actuando como fermento en la masa, es por excelencia el motor de esta sociedad según Dios.

Dios nos une en sociedad: Pluralidad, bien común y tolerancia

San Juan Crisóstomo explica el fenómeno de la sociedad humana y sus instituciones como parte del plan de amor de Dios para con el hombre:²

Mirad cuántos vínculos de amor ha creado Dios. Son otras tantas prendas de concordia que Él ha sacado de la naturaleza. A la verdad, el hecho de ser de la misma naturaleza lleva a la misma concordia, puesto que todo animal ama a su semejante. [...] Y es así que a uno lo amamos como a padre, al otro como a abuelo; a una como a madre y a otra como a nodriza; a uno como a hijo y descendiente de nuestros descendientes, [...] a otra como a hermana o hija de la hermana. ¿A qué hacer un recuento completo de los nombres de parentesco?

Dios inventó aún otro motivo de cariño. Al prohibir los matrimonios entre parientes nos condujo a relación con los extraños [...] juntando por una sola esposa a casas enteras y mezclando linajes con linajes. «No te cases —dice la Escritura— con tu hermana, ni con la hermana de tu padre, ni con otra doncella que tenga contigo parentesco» (Lev 18, 8-10). [...]

Mas todavía no le bastó a Dios eso, sino que hizo necesitar unos de otros, a fin de juntarnos así, pues nada hay como la necesidad para fomentar la amistad. Por eso tampoco quiso que todo se produjera en todas partes, pues por ahí nos obligaría también al comercio de unos con otros. Y ya que hizo que unos necesitemos de otros, hizo también fácil el comercio, pues de lo contrario ello hubiera sido fuente de molestias y dificultades. [...]

Y al comienzo no instituyó Dios más que un imperio, poniendo al hombre al frente de la mujer; mas ya que nuestro linaje vino a parar a gran desorden, hubo de establecer otros, como los de los señores y gobernadores. Mas el motivo de ello fue también el amor. Y es que, como la maldad era un disolvente y una fuerza destructiva de nuestro linaje, Dios estableció en medio de las ciudades a los jueces, como una especie de médicos, a fin de que desterraran, como a una peste de la caridad, la maldad y nos juntaran a todos en uno.³

¹ San Agustín; La ciudad de Dios (Libro XIV, cap. XXVII) (MSPI núm. 1165)

² Este tema es tratado con más detalle en el fascículo "El hombre, ser sociable y solidario" de esta colección.

³ San Juan Crisóstomo; Homilias sobre la I Epístola a los Corintios (Homilía XXXIV, núm. 4) (MSPI núms. 678-682)

En la diversidad de capacidades, circunstancias y afanes de las personas, los Padres de la Iglesia reconocen un gesto más del amor de Dios y un motivo de profundo respeto por el hombre. Por ello nos muestran a la sociedad como el terreno en el que toda persona está llamada a prestar una singular colaboración, inclusive en las circunstancias más adversas:

...A cada miembro se le confía algo propio y con ello el bien común. Así la vista guía indudablemente a los pies, y los lleva señalando las partes llanas y los aparta de las asperezas del camino; pero ella es llevada por los pies. Y el oír, al percibir los sonidos, despierta a la vista para que mire, y con la vista conoce a los autores de los sonidos. [...] «No puede el ojo decir a la mano: No tengo necesidad de ti, ni a su vez la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros; antes bien, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son más necesarios, y los que parecen de menos honor, a éstos rodeamos de mayor consideración» (1 Cor 12, 21-23). [...] La variedad de funciones se reparte por todos los miembros del cuerpo, pero todos gozan unos de otros y el provecho resulta común. Y ni el oído se enfada por no ver, ni el ojo lleva a mal que no oye, sino que cada uno respeta los términos de la naturaleza y aporta la contribución que desde el principio se le ordenó aportar.⁴

Efectivamente, ya que el Señor dijo: «A todo el que te pidiere, dale», [...] ¿cómo habrá quien pida y reciba, si no hay nadie que tenga y dé y preste? ¿Y qué decir cuando dice el Señor: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis?» Y luego añade: [...] «El que da al pobre, a Dios presta» (Prov 19, 17). Y: «No dejes de hacer bien al menesteroso» (Prov 3, 27). [...] ¿No da a entender así claramente la Escritura que, como el mundo consta de contrarios (de cálido y frío, de húmedo y seco), se compone igualmente de los que dan y reciben?⁵

«...¿Qué es, pues, la misericordia y sobre qué se ejercita? ¿Cómo es bienaventurado el que recibe a su vez lo que da? Porque bienaventurados —dice— los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7). El sentido más obvio del dicho del Señor invita al hombre al amor mutuo y a la compasión, comoquiera que, por razón de lo desigual e irregular de las cosas de la vida, no todos se hallan en la misma situación, ora miremos a la dignidad, ora a la constitución del cuerpo, ora al resto de dotes y talentos. Y es así que, por lo general, la vida se reparte en campos contrarios, en servidumbre y señorío, en riqueza y pobreza, en gloria e ignominia, en enfermedad o en bienestar corporal, y así en tantas otras escisiones.⁶

El bien común⁷, principio muy ligado a la solidaridad⁷, se antepone al bien de cada individuo, y, de esta manera, lo realiza. Si bien su tutela es cometido de la autoridad pública, su origen está en el respeto por el prójimo individual y colectivo:

...En lo terreno, nadie vive para sí solo. El artesano, el soldado, el labrador, el comerciante, todos sin excepción, contribuyen al bien común y al provecho del prójimo. Pues con mayor razón ha de hacerse así en lo espiritual. Porque esto es sobre todo vivir. El que sólo vive para sí y desprecia a todos los demás, es un ser inútil, no es hombre, no pertenece a nuestro linaje. «Pues qué —me dices—, ¿voy a descuidar mis asuntos para atender los ajenos?» No, no es posible que quien atiende a lo ajeno descuide lo propio. El que busca el interés de los demás, a nadie causa pena, a todos compadece y ayuda según sus fuerzas; a nadie le quita nada, ni le defrauda, ni le roba, ni le levanta falso testimonio; se aparta de toda maldad y se abraza a toda virtud [...] En cambio de buscar nuestro interés, no se sigue necesariamente el interés de los demás.⁸

⁴ Teodoreto de Ciro; *Discurso VI sobre la providencia: que los pobres y ricos son útiles a la vida* (MSPI núms. 772-773)

⁵ Clemente de Alejandría; *El pedagogo* (III, 6) (MSPI núms. 36-37)

⁶ San Gregorio Niseno; *Sobre las Bienaventuranzas* (Discurso V) (MSPI núm. 337)

⁷ *El conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos, y a cada uno de sus miembros, conseguir más plena y fácilmente su propia perfección. Catecismo de la Iglesia Católica* (núm. 1906); Buenos Aires: Ed. Lumen, 1992

⁸ San Juan Crisóstomo; *Homilias sobre San Mateo* (Homilía LXXVII, 6) (MSPI núm. 593)

LA PAZ SOCIAL NO PUEDE ENTENDERSE COMO UN IRENISMO O COMO UNA MERA AUSENCIA DE VIOLENCIA LOGRADA POR LA IMPOSICIÓN DE UN SECTOR SOBRE LOS OTROS. TAMBIÉN SERÍA UNA FALSA PAZ AQUELLA QUE SIRVA COMO EXCUSA PARA JUSTIFICAR UNA ORGANIZACIÓN SOCIAL QUE SILENCIE O TRANQUILICE A LOS MÁS POBRES, DE MANERA QUE AQUELLOS QUE GOZAN DE LOS MAYORES BENEFICIOS PUEDAN SOSTENER SU ESTILO DE VIDA SIN SOBRESALTOS MIENTRAS LOS DEMÁS SOBREVIVEN COMO PUEDEN. LAS REIVINDICACIONES SOCIALES, QUE TIENEN QUE VER CON LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO, LA INCLUSIÓN SOCIAL DE LOS POBRES Y LOS DERECHOS HUMANOS, NO PUEDEN SER SOFOCADAS CON EL PRETEXTO DE CONSTRUIR UN CONSENSO DE ESCRITORIO O UNA EFÍMERA PAZ PARA UNA MINORÍA FELIZ. LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA Y EL BIEN COMÚN ESTÁN POR ENCIMA DE LA TRANQUILIDAD DE ALGUNOS QUE NO QUIEREN RENUNCIAR A SUS PRIVILEGIOS. CUANDO ESTOS VALORES SE VEN AFECTADOS, ES NECESARIA UNA VOZ PROFÉTICA.

LA PAZ TAMPOCO «SE REDUCE A UNA AUSENCIA DE GUERRA, FRUTO DEL EQUILIBRIO SIEMPRE PRECARIO DE LAS FUERZAS. LA PAZ SE CONSTRUYE DÍA A DÍA, EN LA INSTAURACIÓN DE UN ORDEN QUERIDO POR DIOS, QUE COMPORTA UNA JUSTICIA MÁS PERFECTA ENTRE LOS HOMBRES» (PABLO VI, CARTA ENC. POPULORUM PROGRESSIO, 26 MARZO 1967). EN DEFINITIVA, UNA PAZ QUE NO SURJA COMO FRUTO DEL DESARROLLO INTEGRAL DE TODOS, TAMPOCO TENDRÁ FUTURO Y SIEMPRE SERÁ SEMILLA DE NUEVOS CONFLICTOS Y DE VARIADAS FORMAS DE VIOLENCIA.

...«¿Y cómo —dices— podemos ser imitadores de Cristo, si hacemos todas las cosas por la utilidad común y no buscamos nuestro interés particular?» Porque también Cristo no se dio gusto a sí mismo, sino, como está escrito: «Los ultrajes de los que te insultaban cayeron sobre mí» (Rom 15, 3; Sal 68, 10). Uno busca su propio interés si tiene en consideración el interés del prójimo, pues el bien del prójimo es nuestro propio bien. «Formamos un solo cuerpo y somos miembros unos de otros» (Rom 12, 5).⁹

Por consiguiente, según la voluntad de Dios y el vínculo de la naturaleza, debemos auxiliarnos recíprocamente, competir en obras virtuosas, poner, por decirlo así, todas las utilidades en medio, y para usar las palabras de la Sagrada Escritura, prestarnos ayuda unos a otros, ya con el afecto, o con nuestro trabajo, o con el dinero, o con nuestras obras, o de cualquier otro modo, para que entre nosotros se incremente el beneficio de la sociedad. Nadie se aparte de estos deberes por el temor del peligro, sino que tome como suyo todo lo de la sociedad, ya próspero o adverso. Moisés no tembló afrontar gravísimas guerras por el pueblo, ni tembló ante el ejército de reyes potentísimos, ni se espantó ante la ferocidad de los bárbaros crueles, sino que aventuró su vida para devolver la libertad a su pueblo. Grande es el esplendor de la justicia que, nacida para otros más bien que para sí, fomenta nuestra comunidad y sociedad. Ocupa un lugar tan elevado, que todas las cosas están sujetas a su juicio, presta apoyo a otros, dispensa las riquezas, no rehúsa los trabajos, acepta los peligros ajenos.¹⁰

...EL MODO DE RELACIONARNOS CON LOS DEMÁS QUE REALMENTE NOS SANA EN LUGAR DE ENFERMARNOS ES UNA FRATERNIDAD MÍSTICA, CONTEMPLATIVA, QUE SABE MIRAR LA GRANDEZA SAGRADA DEL PRÓJIMO, QUE SABE DESCUBRIR A DIOS EN CADA SER HUMANO, QUE SABE TOLERAR LAS MOLESTIAS DE LA CONVIVENCIA AFERRÁNDOSE AL AMOR DE DIOS, QUE SABE ABRIR EL CORAZÓN AL AMOR DIVINO PARA BUSCAR LA FELICIDAD DE LOS DEMÁS COMO LA BUSCA SU PADRE BUENO. PRECISAMENTE EN ESTA ÉPOCA, Y TAMBIÉN ALLÍ DONDE SON UN «PEQUEÑO REBAÑO» (Lc 12, 32), LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR SON LLAMADOS A VIVIR COMO COMUNIDAD QUE SEA SAL DE LA TIERRA Y LUZ DEL MUNDO (CF. Mt 5, 13-16). SON LLAMADOS A DAR TESTIMONIO DE UNA PERTENENCIA EVANGELIZADORA DE MANERA SIEMPRE NUEVA. ¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA COMUNIDAD!

Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 92

Ninguna convivencia sería posible si cada persona buscara imponerse a los demás. San Agustín nos da toda una lección sobre la tolerancia —deber de caridad cristiana— como pilar de la concordia social:

«Conlleaos unos a otros vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo.» [...] «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros» (Jn 13, 34-35). Deber de este amor es soportarnos mutuamente nuestras cargas. Este deber, que no es eterno, conduce a la vida eterna, en la cual no existirán cargas que recíprocamente tengamos que soportarnos. [...]

...Diversos tiempos y diferentes clases de debilidad hacen que seamos capaces de llevar las cargas unos de otros. Por ejemplo, sólo sufrirás con paciencia la ira de tu hermano cuanto tú no te hayas

⁹ San Juan Crisóstomo; *Sobre el evangelio de San Juan* (Homilía XV, 3) (MSPI núm. 605)

¹⁰ San Ambrosio; *Sobre los deberes de los ministros* (Libro I, cap. XXVIII, núm. 135) (MSPI núm. 975)

airado también contra él, como, por el contrario, en el tiempo en que tú te halles dominado por la ira sólo te podrá aguantar él con dulzura y suavidad. Este ejemplo se refiere al caso de cuando se padecen las cargas en tiempos diversos, aunque la debilidad es la misma [...] Para el caso de distinta clase de pasión, valga el siguiente ejemplo: supongamos que uno ya sabe vencer la locuacidad, pero se deja llevar de la terquedad, y otro todavía es locuaz, pero no pertinaz; entonces uno ha de aguantar con caridad la locuacidad del otro, y éste la terquedad de aquél, hasta que se corrijan de estas faltas.

No hay nada que nos pueda estimular tanto a cumplir libremente este deber de llevar las cargas de los demás que el pensar cuánto sufrió por nosotros el Señor. Adoctrinándonos sobre este punto, dice el Apóstol: «Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no tuvo por codiciable tesoro ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.» Inmediatamente antes había dicho: «No mirando cada uno su propio interés, sino al de los otros» (Filip 2, 4-9). [...]

A esta consideración se puede añadir también que, como Cristo tuvo compasión del hombre, nosotros somos también hombres y debemos tener en cuenta que la enfermedad del alma o del cuerpo que vemos en otro igualmente la pudimos o podemos tener nosotros. Así debemos comportarnos con aquel a quien queremos ayudar en su debilidad, como quisiéramos que él se portara con nosotros, si acaso las sufriéramos nosotros y él no. [...]

Asimismo se ha de tener presente que no hay ningún hombre que no pueda tener algún bien que aún tú no posees, aunque no se vea, en el cual, sin duda, es superior a ti. Esta reflexión sirve para reprimir y dominar la soberbia, a fin de que no creas que porque ciertas virtudes tuyas destacan y son visibles, el otro no tiene ninguna buena cualidad, las cuales acaso están ocultas y quizá con ellas te supera, sin tú saberlo, en virtud. El Apóstol nos manda que no nos engañemos ni usemos de la adulación en este mundo cuando dice: «No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria; antes, con espíritu de humildad, teneos unos a otros por superiores» (Filip 2, 3). [...]

Dice: «No tienen los sanos necesidad de médicos, sino los enfermos» (Mt 9, 12). Por tanto, si por caridad de Cristo no debemos rechazar en nuestro espíritu a aquel que quizás está enfermo totalmente, porque puede ser sanado por la palabra de Dios, mucho menos al que puede parecemos completamente enfermo, porque no pudimos soportar cierto defecto suyo en los primeros momentos de la amistad y del que, lo que es más grave, nos atrevimos a formar un juicio temerario de toda su personalidad, sin temor a lo que dijo Cristo: «No juzguéis y no seréis juzgados», y «Con la misma medida que midiereis, seréis medido» (Mt 7, 1-2).

La ley de Cristo es, pues, que nos soportemos unos a otros. Si amamos a Cristo, fácilmente soportaremos las flaquezas de otro, a quien aún no amamos por sus buenas cualidades. Pensemos que el Señor, a quien amamos, sufrió muerte por él.¹¹

¹¹ San Agustín; *Las LXXXIII cuestiones distintas* (Cuestión LXXI, núms. 1-7) (MSPI núms. 1145-1153)